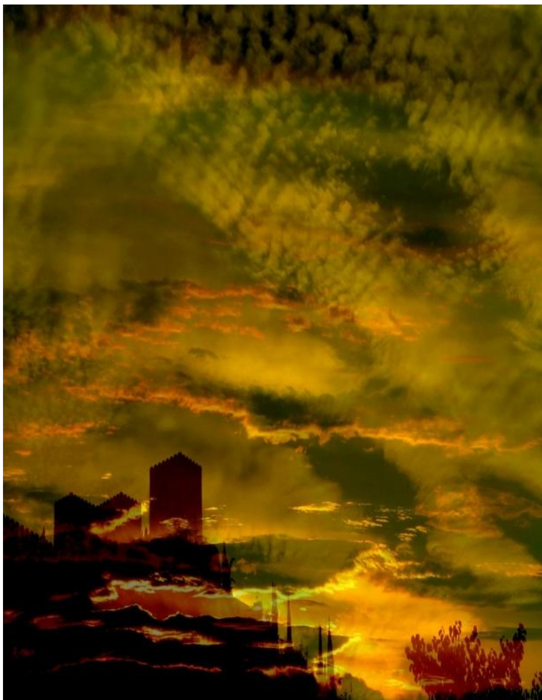
José Gómez Muñoz

DESDE LA ALHAMBRA

VENTANAS A LA ETERNIDAD



romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es

Dibujos: Byckova Aleksandra, Rusia
Traducción al inglés: Emily Wilson
Primera edición – 10-2-2017
Granada, 2010-2017

Índice



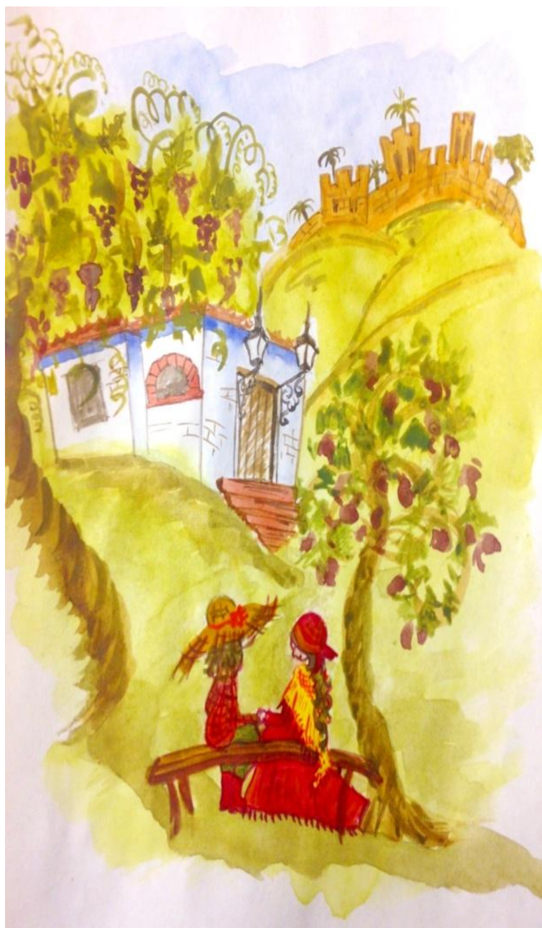
A él lo llamaban Quico y a su esposa, Josefa. No tenían hijos y vivían casi a las afueras del barrio del Albaicín. En una pequeña casa, con una parra en la puerta, arriates con muchas flores y una acequia de agua muy clara que corría por entre las plantas de este jardín. Desde la puerta de su casa, se abría una hermosa vista hacia la Alhambra, al frente y al valle del río Darro, en lo hondo.

Cerca del río Darro, Quico tenía un trozo de tierra que, con su mujer, cultivaban a lo largo de todo el año. Los frutos que de estas tierras sacaban, los usaban para alimentarse, para regalar a los vecinos y para ofrecer, los mejores, a los reyes de la Alhambra. Al lado de arriba de su huertecillo, crecía una muy vieja y frondosa higuera de la cual cogían todos los años muchos, lustrosos y sabrosos higos. Los repartía con un joven, hijo de una familia de pastores por las montañas de Sierra Nevada.

Cuando el joven pasaba por la senda que rozaba las tierras de su huerto, Quico siempre lo saludaba, le ofrecía higos y otros frutos y la mujer le decía:

- En la vida, ya irás descubriendo que las cosas pasan y se desmoronan y las personas se marchan y mueren. Cuando esto suceda, tú nunca te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda.

Y el hombre mayor, de estatura baja, algo grueso, pelo negro y miradas



dulces y misteriosas, también con frecuencia le confesaba:

- Como nosotros no tenemos hijos, antes de morir, voy a repartir estas tierras con mis mejores amigos.

- ¿Con qué amigos?

Le preguntaba el joven.

- Con los que siempre me han tratado bien y que sean mayores. Porque me gustaría que un día, todas las personas mayores de este barrio, tuvieran un trocico de tierra para cultivar. Para que de este modo se mantengan activos y fuertes. Tú, como dice mi mujer, cuando ya nosotros no estemos por aquí y las cosas en este huerto mío hayan cambiado, no te fijes en la desolación que hay ni te entristezcas por la ausencia de las personas sino admira, disfruta y da gracias a Dios por la belleza que aún queda.

Y el joven, además de sentirse muy alagado y querido por Quico y Josefa, le impresionaba mucho las palabras que pronunciaban. Por eso los admiraba y más aun, cuando una



vez y otra, los veía ir y venir de su huerto a la casa o al revés, siempre cogidos de la mano. Se decía: “Parece como si estuvieran tan enamorados el uno del otro, que no pudieran separarse ni un momento. Son buenos de verdad estos amigos y tienen un corazón que rezuma esencia de cielo”.

Y un día, cuando el joven pasó por el camino dirección al barrio, se dio cuenta que Quico no estaba en sus tierras. Se acercó a la vieja higuera y lo encontró caído en el surco de la acequia. Enseguida se puso a ayudarle, lo rescató del surco, lo recostó bajo la higuera, le lavó las heridas y lo reconfortó con palabras animosas. Pero Quico, solo unos minutos después, murió. Subió el joven corriendo a la casa, le contó a Josefa lo que sucedía y ésta, fue rápida a donde su marido y lo único que pudo hacer por él fue abrazarlo y llorar amargamente. Unas horas después, ayudada por los vecinos y por el joven, llevaron el cuerpo al cementerio y lo enterraron. Solo tres



días más tarde, Josefa enfermó y una tarde al ponerse el sol, murió. Al enterarse de ello el joven de la familia de pastores, acudió al barrio, lloró tanto a Quico como a Josefa y también ayudó a los vecinos en el entierro de su cuerpo.

Regresó luego el joven a su casa en la montaña y unas semanas más tarde, cuando volvió por las tierrecillas del huerto de Quico, se paró bajo la higuera, miró a un lado y otro y por todos los sitios, solo encontraba desolación y tristeza. Pensando en sus amigos, recordó lo que ella siempre le decía: “No te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda”. Y en ese momento, le pareció que tanto Quico como Josefa, seguían vivos por allí, ofreciéndole los mejores higos de su higuera y la más jugosa fruta de su huerto, al tiempo que sonreían y lo animaban con palabras buenas.

Bastantes años después, murieron los pastores padres del joven



de las montañas. Envejeció también él y por eso un día, se vino a vivir a una casa cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Al caer las tardes, salía a pasear por la orilla del río y al ver las tierras del que había sido el huerto de Quico, le sorprendía lo mucho que por el rincón todo, con el paso del tiempo, había cambiado. La higuera ya no existía, la acequia se había roto, los nuevos dueños de las tierras, habían cortado algunos árboles y otros se habían secado y se veían trozos de paredes rotas y llenas de musgo. Sin embargo él, aunque todo por el lugar le seguía pareciendo desolado y muy triste, siempre recordaba a Quico y a Josefa.

Por encima de donde ahora se encuentra la Fuente del Avellano, a media ladera y en un pequeño rellano, se iba muchas tardes. Desde este lugar, sentado sobre la hierba, mirando al valle del río Darro, a las cuevas por las laderas del Sacromonte, a las blancas casas del Albaicín y a las puestas de sol al fondo



de la Vega de Granada, rumiaba sus recuerdos y meditaba. A su manera y muy torpemente, alguna vez escribía versos y, en otros momentos, soñaba con escribir un libro para dejar en él recogido la historia de Quico y Josefa. Con nadie compartía este sueño excepto con el silencio de la ladera, el vientecillo que por aquí se paseaba y el azul purísimo del cielo por donde, en un grandioso paraíso lleno de amor y serenidad, sabía que vivían sus amigos.

Y cada tarde, sentado en esta ladera por entre la vegetación y la hierba, cuando en su meditación le venía a la mente la imágenes de Quico y Josefa, recordaba las sonrisas y el amor que le regalaron cuando fue joven. Y caía entonces en la cuenta que por el lugar y para siempre, permanecían derramando belleza. Como rezando al cielo, se decía: “Aunque la desolación es mucha, la belleza de estos lugares y ellos por aquí, es cierto que permanece”. Mucho, mucho tiempo después y



cuando ya en la Alhambra no había reyes sino turistas, directores de muchos departamentos, archivos, bibliotecas, talleres y restauradores, una tarde un joven caminaba por donde el Puente del Aljibillo. Llegó a donde su amiga le esperaba y, al saludarla, ésta le dijo:

- Voy a irme con mis amigos a la discoteca. ¿Y tú a dónde vas?

- Yo voy a dar un paseo por el Camino de la Fuente del Avellano y luego voy a sentarme en el balcón que hay en mitad de la ladera.

- ¿Qué hay ahí?

- Aquello es un lugar mágico que con la llegada del otoño, se llena de hierba fresca y espesa vegetación. Y desde allí se ve todo el valle del río Darro cubierto de álamos, higueras, avellanos y otros árboles teñidos de oro y por donde la hierba y vegetación de la ladera, las setas brotan y los madroños maduran. Es un lugar fantástico no solo por la belleza que desde allí se contempla sino por la paz, misterio y trozos de cielo que se palpan. ¿Te animas y te vienes conmigo y te enseño lo que te he dicho?

Y la joven, dirigiéndose a los amigos que en ese momento llegaban para ir a la discoteca, les dio la bolsa de plástico que llevaba en la mano y les dijo:

- Llevaros vosotros esto y luego otro día nos vemos.
Los amigos le preguntaron:
- ¿Es que no vienes con nosotros?
- Este amigo mío me ha invitado a un lugar fantástico y voy a irme con él para conocer eso. Dice que aquello es como un balcón en mitad de la ladera, por encima de la Fuente del Avellano desde donde se ve y siente un mundo mágico. Me voy con él y luego otro día nos vemos y os lo cuento.



Version en inglés



They called him Quico and his wife Josefa. They didn’t have children and they lived almost on the outskirts of the Albaicín village, in a small house with a vine above the door, flowerbeds with lots of flowers and a stream with clear water that ran between the flowers in the garden. From the door of the house, it opened onto a beautiful view of the Alhambra in the forefront and the valley of the river Darro in the background.

Near to the river Darro, Quico had a piece of land that he cultivated with his wife throughout the whole year. They used the fruits

they got from their land to feed themselves and give to neighbours as well as offering the best of them to the Kings in the Alhambra. Above his garden grew a very old and leafy fig tree from which they took a lot of shiny and tasty figs every year. They distributed them with a child, the son of family of shepherds in the Sierra Nevada Mountains.

When the child passed the path that bordered the lands of his garden, Quico always said hello to him and offered him figs among other fruits and his wife would say to him:

- In life, you'll discover that things happen and crumble and people leave and die. When this happens don't focus on the desolation but rather the beauty that still remains.

The elderly man, short and stocky, with black hair and sweet and mysterious looks, often confessed too:

- As we don't have children, before dying I'm going to divide this land between my best friends.

- Between which ones?

The child asked him.

- With those who have always treated me well as well as those who are elderly because I would like if one day all the elderly people in this village had a piece of this land to cultivate, so that they can remain active and strong. Like my wife says, when we're not around here and all the things in this garden of mine have changed, you mustn't focus on the desolation or

be sad about the absence of people, but instead admire the beauty that still remains.

The child, not only felt flattered and loved by Quico and Josefa, but he was impressed by the words being spoken to him too. That's why he admired them so much and more still, when he saw them again and again coming and going from their garden always holding hands or vice versa, he would say: "It's as if they are so in love with each other that they can't be separated even for a moment".

One day, when the child went down the road towards the village, it dawned on him that Quico wasn't on his land. He went towards the old fig tree and found him fallen in the furrow of the stream. He went to help him straight away, rescued him out of the stream and laid him down under the fig tree. He washed his wounds and tried to comfort him with reassuring words. But Quico died a few minutes later. He ran towards the house and told Josefa what had happened. She went running to her husband but all she could do was hug him and cry bitterly. A few hours later, helped by her neighbours and by the child, she took his body to the cemetery and buried him. Only three days later, Josefa became ill and one evening at sunset, she died. On hearing this, the child from the family of shepherds went to the neighbourhood and cried just as much for Quico as he did for Josefa and after helped the neighbours with the burial of her body.

The child then went back to his house on the mountain and a few weeks later he returned to Quico’s garden. He stopped under the fig tree and looked to both sides but all he found was desolation and sadness. Thinking of his friends, he remembered what she had always told him: “Don’t focus on the desolation but on the beauty that still remains”. In that moment, it seemed as if both Quico and Josefa were still alive there, offering him the best figs from their fig tree and the juiciest fruit from their garden, while smiling and cheering him up with reassuring words.

A few years later, the parents of the child from the mountain died. He aged too and that’s why one day he came to live in a house near to the river Darro in front of the Alhambra. As the afternoon fell, he went for a walk along the river shore and seeing the land that had been Quico’s garden, it surprised him how much had changed by the corner with the passing of time. The fig tree didn’t exist anymore, the stream was broken, the new owners of the land had cut down trees and others had dried out and looked like pieces of broken wall, full of moss. However, although everything still looked desolate and very sad, he always remembered Quico and Josefa.

Above where now the ‘Fuente del Avellano’ is found, on the hillside there is a small ledge where he went to many evenings.

In this place, he sat on the grass, looking at the Darro river valley and the caves on the Sacromonte hillside and to the white houses of the Albaicín as well as the sunsets at the bottom of the Granada valley. He sat and he pondered over his memories and he thought. Sometimes, rather clumsily, he wrote small verses about Quico y Josefa, yet at other times he dreamt of writing a whole book to remember them by. He shared this dream with no one except the silence of the hillside, the breeze that always passed by there and the pure blue sky where he knew his friends lived, in a grand paradise full of love and serenity.

Every evening, sat on this hillside between the vegetation and grass, images of Quico y Josefa came to mind while he thought. He remembered their smiles and the love that they gave him when he was younger. He discovered that this place would forever remain beautiful. As if praying to heaven, he said: “Although the desolation is great, it is true that their beauty and the beauty of this place have remained around here”.

A long, long time after when the Alhambra no longer had kings but tourists, department directors, archives, libraries, workshops and restorers, one afternoon a child walked by the ‘Puente del Aljibillo’. He arrived where his friend waited for him, greeted her and then she said to him:

- I'm going to go with my friends to a party. Where are you going?
- I'm going to walk along the path by the 'Fuente del Avellano' and head up to this small plateau halfway up the hillside.
- What is there up there?
- When autumn arrives there is this magical place. It is filled with fresh grass and thick vegetation and you can see the entire Darro river valley covered in poplars, fig trees, hazel trees and other trees dyed gold and where the grass and vegetation is, mushrooms sprout and arbutus grows. It's a fantastic place, not just for its beauty, but also for its peace, mystery and proximity to Heaven. Do you want to come with me? I'll show you everything I just told you.

The girl headed over to her friends who had just arrived in that moment to go to the party and gave them a plastic bag that she had brought in her hand and said to them:
- Here, take this and I'll see you all another day.
Her friends asked her:
- You're not coming with us?
- This friend of mine has invited me to a fantastic place so I'm going to go with him to see it. He says it is like a small plateau in the middle of the hillside, above the 'Fuente del Avellano' from where you can see and feel a magical world. I'll go with him and another day I'll see you all and tell you all about it.